

# De trincas, caciques y otras faunas

## HÉCTOR ANAYA

“Allá en otros tiempos (y bien buenos tiempos que eran)”, escribió Joyce para empezar su Retrato del artista adolescente, “había una trinca infernal en las letras” –esto lo agrego yo, que ni hago Retratos ni soy el artista adolescente (¡menos!).

La integraban, como les viene bien a las trincas, tres tocayos de siglas o compañeros de acronimia cabalística, pues sus iniciales eran H. A.: Héctor Azar, Hugo Argüelles y Héctor Anaya, en realidad, con Héctor Aguilar –Camín, desde luego– éramos cuatro, pero este último prefirió otros nexos y “aquí se rompió una taza...”, por lo que la cuarteta se convirtió en terceto, trío, terna, tríada, trípode o más acertadamente: trinca. De esos tres ya nada más queda el que les habla y si vieran que feo se siente eso de quedarse solo, de ser sobreviviente, porque mis cuates hicieron mutis, fade out, se hicieron los occisos, como para hacerme entender que nadie sabe el bien que tiene hasta que se mueren los



cuates. ¡Ah, porque ahora se empieza a morir gente que antes no se moría! El consuelo que me queda es saber que ellos eran mayores que yo...

Y el otro consuelo es que yo siempre supe el bien que tenía. De la fortuna que significó para mí la amistad con el maestro Azar ya he hablado en otra ocasión, por lo que ahora me concentraré en mi tocayo de siglas, vecino y amigo de siglos, por lo menos del xx y del xxi. Hugo siempre fue un ser cariñoso, generoso, cordial, de esos bien educados que sí leen nuestros libros y hasta hablan por teléfono para felicitarlo a uno por lo que hace bien y hasta por el simple hecho de haber nacido. En cada cumpleaños –y en otros días también, desde luego– me llamaba para felicitarme, pero también para invitarme a los estrenos de sus obras o las presentaciones de sus libros o simplemente para conversar de algo que quería compartirme. Bueno, hasta en sus propios cumpleaños hablaba para que tuviera presente la aportación que sus padres le habían hecho a la Patria, sobre todo a la cultural. Porque no vamos a negar que era Ego Argüelles, o Jugo Argüelles, como lo rebautizó el otro santón de la vanidad que fue José Antonio Alcaraz, “que ya también se nos adelantó”, como siguen diciendo algunos cultos locutores o lectores de noticias.

A principios del 2003, el 2 de enero, desde luego, me llamó para reconvenirme amistosamente, que no había puesto en el Calendario de Escritores que preparé para ese año ni el aviso de su natalicio, ni su retrato. Como tenía toda la razón y desde luego merecía estar en un santoral de escritores que se respetara y presumiera de serlo, me disculpé con él y calladamente preparé mi reivindicación: un homenaje en el Calendario correspondiente a este año 2004. Le pedí su colaboración a mi querido amigo Guillermo Ceniceros, pintor y grabador, para que elaborara a su gusto un retrato de nuestro amigo común y Guillermo hizo esa extraordinaria recreación del dandy que fue el maestro Argüelles, con el que

se abrió este año el Calendario de la escritura y la Lectura, que ya no pudo disfrutar Hugo en la totalidad de todo un mes egocéntrico, pues murió antes de que terminara el 2003, aunque el retrato y el calendario entero sí los conoció en su lecho de enfermo y gustó de ellos y nos felicitó al pintor y al de la voz –como dicen los abogados–, que de esta manera reparó el descuido anterior.

Por cierto, si alguien lo quiere como recuerdo, en la compra de un libro podrá llevarse el Calendario. O podríamos hacerlo al revés: en la compra del retrato de Hugo se llevan gratis el libro. O una tercera opción: se llevan el retrato y luego cuando se les antoje adquieren el libro. Eso sí, hasta donde alcancen los calendarios, ¿eh?

Bueno, pues esa trinca infernal actuó varias veces junta, para hablar de la producción de alguno de nosotros o de algún cuarto que se exponía a lo que se nos ocurriera decir de él o de ella, que no siempre éramos complacientes. Con nosotros sí, como debe ser –para eso son los cuates– y en esos convites supe de la generosidad rayana en el altruismo, con que Hugo ponderó mis escritos.

En correspondencia, como parte integral del clásico: “Si me lees te leo” y sobre todo del “Si hablas bien de mí, yo tambor”, siempre llené de elogios sus obras, lo que nunca representó sacrificio alguno, pues se los merecen, como consigna en su libro Rosario Alonso Martín, cuyo trabajo es necesario, útil para los estudiantes, por el resumen que hace de las obras de Hugo, aunque la idea de “pláticame un libro” nunca me ha convencido, ya que el producto literario es algo más, mucho más que una historia, una trama, una anécdota. Pero como prontuario de Hugo, vale.

Hay por allí, en el libro de Rosario, alguna imprecisión que tal vez contribuya a la leyenda de Hugo, pero no es aporte a la verdad: la suposición de que Argüelles practicó la medicina, atendió pacientes, realizó consultas. Hasta donde yo sé no terminó la carrera y por tanto

no hizo servicio social, ni llegó al rotatorio, por lo que nunca pudo ser el Albert Schweitzer veracruzano que en el ámbito mexicano curó desvalidos y atendió miserias que lo llevaron a enterarse de una realidad útil para recrear en su teatro el México profundo.

También me llama la atención que la afición de Hugo por lo animales y por los títulos relacionados con la fauna (desde Los cuervos están de luto hasta Los coyotes secretos de Coyoacán, que yo prologué) no le hayan parecido dignos de análisis a la autora. Relaciona estas referencias con una especie de curiosidad lingüística y con frecuencia las califica de simples metáforas zoomórficas. A lo mejor es porque no tuvo oportunidad de visitar la casa de Hugo Argüelles en la Kafkahuamilpa de la Hipódromo Condesa, donde los animales señoreaban y tenían una mascota llamada Hugo, como bien lo sabemos todos los que visitamos esa singular arca de Noé.

Por allí nos recuerda Rosario el desliz que comete Hugo al asegurar en La boda negra de las alacranas que ningún otro animal como la alacrana, después de aparearse se come al macho, le arranca la cabeza y se lleva el cuerpo para seguir devorándolo.

Aparte de que en la especie humana hay mujeres que precisamente le sorben el seso al macho y luego con permisos escritos de las autoridades civiles y eclesiásticas se lo llevan a casa para seguir viviendo de él, entre los animales propiamente dichos la Mantis religiosa o Campamocha mexicana hace lo que la alacrana, le arrancan al macho la cabeza en el momento cupular digamos, por lo que con razón se le ha comparado con el macho humano, que igualmente en ocasiones pierde la cabeza por una nalgas, aunque en el caso de la mantis tal vez no se pueda hablar de nalgas, pero bueno, como decía el maestro Renato Leduc, “el simil no es exacto pero da bien la idea”.

En esa misma obra de las alacranas, por cierto, hay otro resbalón zoológico de Hugo, pues al llamar Aralia y

Arelia a sus protagonistas las acerca etimológicamente a los arácnidos, y no a los escorpiónidos que son los alacranes. Y extraña este desliz, porque Hugo se adentró en la zoología cuando descubrió que la vida de los animales daba para más que ser un Esopo de la dramaturgia.

Ese interés científico, por cierto, y su entrañable amistad, me llevó a convertirme en bucanero, corso, pirata, o tal vez simple clonador, pues al servicio de la dramaturgia de Hugo, cuando yo trabajaba en Conacyt como Subdirector de Divulgación Científica y Tecnológica, copié una serie documental de la fauna silvestre para alimentar la zoofilia de Hugo, o diré mejor la adamofauna para no abrir líneas de investigación que nuestro amigo no se merece. Bueno, más sencillo: para nutrir sus afanes coleccionistas de videos relacionados con los animales.

Yo espero que haya prescrito, luego de 14 años, el delito de copiar –con fines de crestomatía, así se escudan los “fusiles”– y no crematísticos, así se apedillaban antes, elegantemente, los Ahumada y los Bejarano. Lo que puedo alegar en mi favor es que cualquiera hubiera podido copiar la serie en su transmisión de tele abierta. Yo mismo copié otras series “al aire”, que se referían a las costumbres animales y proveí a Hugo de innumerables documentales que debieron darle algunas ideas para sus fábulas adultas, a veces muy adultas, con las que construía sus analogías que Rosario Alonso llama zoomórficas, aunque muy a la madreña podría haber dicho que en su teatro Hugo exploró ¡a lo bestia! la condición humana y sobre todo la social en que vivieron él y sus personajes.

Para terminar y para que no se me olvide que alguna vez practiqué la sociología, yo creo que no le vendría nada mal al teatro en general y al de Hugo en particular, una mirada sociológica, ya que como bien sabemos se abusa del psicologismo de los personajes y los que aparecen en la obra de Hugo, a mi parecer, responden a



Sergio A. Beltrán

hechos sociales que el maestro Argüelles escenifica en ese pequeño Estado que es la familia. Aunque ya no tenemos a Gabriel Careaga que tanto hizo por darle al cine ese tratamiento sociológico, el editor, Edgar Ceballos podría encontrar quién le diera esa repasada sociológica al teatro de los últimos años.

Los caciques y las cacicas abundan en la obra de Hugo, como en la sociedad feudal que vivimos todos hasta muy avanzado el siglo xx y no es que el patriarcado y el matriarcado hayan terminado, pero ya nos estamos deshaciendo parcialmente de esas formas autoritarias.

Podría presumir citándoles a Weber o a Mills o a Veblen, a Morin o a Tofler, pero como no recuerdo si lo leí o se me ocurrió, les diré que Anaya dixit que en las sociedades democráticas el Estado es una representación de la familia, una proyección de la condición igualitaria de padres e hijos, pero que en las sociedades autárquicas, como las que recrea Hugo en su teatro, la familia es el Estado en pequeño. No puedo olvidar, como un presagio de los horrores del 68, una escena televisada en la que se vio al señor Díaz Ordaz, en su casa, el día que iba a tomar posesión

de la Presidencia, estirar la mano para que su hijo adolescente (que para su desgracia le salió roquero) y otro joven adulto, le besaran la mano. ¡A esas alturas del siglo xx!

Por eso, cuando en pleno Movimiento Estudiantil anunció que nos tendía la mano, se la dejamos flotando, en primer lugar porque no se la íbamos a besar y en segundo porque le demandamos que se la lavara porque estaba tinta en sangre.

Lo que Hugo nos contó, en escala hogareña y pueblerina, no fue sino esa misma descomposición de la sociedad y el afán del poder, capaz de servirse de la magia, del sexo, de la religión, del dinero, del engaño, para someter, para establecer territorios, para fijar dominios. No fue un redentor social, se dirá, ni buscó el compromiso político –que ni falta le hace al teatro para ser–, pero no fue indiferente al México predemocrático. Ojalá te tuviéramos con nosotros en esta transición. De veras que nos haces falta, Hugo.

En la presentación del libro de Rosario Alonso Martín; Hugo Argüelles, el teatro de la identidad 2 de junio de 2004